
Interacciones sociales, desigualdad y marginalidad en ciudades intermedias.

Los “trapitos” de la ciudad de Santa Fe, Argentina

*Social interactions, inequality and marginality in intermediate cities.
The “trapitos” of Santa Fe, Argentina*

Daniela Soldano

Licenciada en Ciencia Política
(Universidad Nacional de Buenos Aires, Argentina)

Magister en Política Social
(FLACSO)

Doctora en Ciencias Sociales
(Universidad Nacional de Buenos Aires, Argentina)

Correo: da.soldano@gmail.com

Iván Imbert

Licenciado en Sociología
(Universidad Nacional del Litoral, Argentina)

Becario Doctoral y Docente
(Universidad Nacional del Litoral, Argentina)

Correo: ivan.imbert@hotmail.com

Resumen

Dentro de la diversidad de oficios informales y marginales que se despliegan en el espacio público de las ciudades contemporáneas, este artículo analiza las prácticas de quienes procuran obtener dinero cuidando y lavando vehículos en áreas de centralidad – conocidos popularmente como trapitos– poniendo el foco en sus interacciones cotidianas con los vecinos, entre ellos y con el Estado. Asimismo, se propone aportar elementos para demostrar que la escala de la ciudad es un factor relevante en dicho análisis. En efecto, se sostiene que en las ciudades de tamaño intermedio –donde no existen distancias objetivas significativas entre los lugares de vida y de trabajo de la población marginalizada y la integrada– los intercambios son más frecuentes y personalizados. La hipótesis a contrastar plantea que si bien la cercanía torna habituales dichas interacciones –y en ese sentido las facilita– también genera un reforzamiento cotidiano del régimen de desigualdad que las gobierna. Así, el conocimiento mutuo derivado de esa proximidad funciona a la vez como motor y como principal condicionante de las relaciones de una tríada –trapitos, residentes y Estado– que parece participar de un juego sin escapatoria. Orientado según el enfoque del interaccionismo simbólico y de las teorías relacionales de la desigualdad, el artículo presenta resultados de un trabajo de campo cualitativo realizado en la ciudad de Santa Fe, con entrevistas, observaciones de corte etnográfico y producción colaborativa de recursos visuales.

Palabras clave

Interacciones sociales, Marginalidad sociolaboral, Ciudad de Santa Fe.

Abstract

Within the diversity of informal marginal trades that deploy in the public space of contemporary cities, this article analyzes the practices of those who make a living taking care of and washing vehicles in the streets of central neighborhoods –popularly known as trapitos, for the cloth (trapo) they wave to attract the attention of passing motorists– focusing on their daily interactions with neighbors, with each other and with the State. It will also provide elements to demonstrate that the scale of the city is a relevant factor in the analysis. Indeed, the article argues that in medium-sized cities – where there are no significant objective distances between the living and working places of the marginalized and the integrated population– social interactions are more frequent and personalized. The hypothesis to be tested is that although proximity facilitates and make such interactions commonplace it also reinforces daily the regime of inequality that governs them. Thus, the mutual knowledge derived from this proximity operates both as a driving force and as the main conditioner of the relationships of a triad – trapitos, neighbors and the State– that seems to participate in a game with no way out. Following the symbolic interactionism approach and relational theories of inequality, the article presents the results of a qualitative fieldwork carried out in the city of Santa Fe, through interviews, ethnographic observations and collaborative production.

Keywords

Social interactions, Social and labor marginality, City of Santa Fe.

Introducción

Dentro de la diversidad de oficios informales y marginales que se despliegan en el espacio público de las ciudades contemporáneas, en este artículo analizamos las prácticas de quienes procuran obtener dinero cuidando y lavando vehículos en áreas de centralidad —conocidos popularmente como *trapitos*¹— poniendo el foco en sus interacciones cotidianas con *los vecinos*, entre ellos y con el Estado.

Asimismo, nos proponemos aportar elementos para demostrar que la escala de la ciudad es un factor relevante en dicho análisis. En efecto, sostenemos que en las ciudades de tamaño intermedio —donde no existen distancias objetivas significativas entre los lugares de vida y de trabajo de la población marginalizada y la integrada— los intercambios son más frecuentes y personalizados. La hipótesis a contrastar plantea que si bien la cercanía torna habituales dichas interacciones —y en ese sentido las facilita— también genera un reforzamiento cotidiano del régimen de desigualdad que las gobierna. En efecto, la proximidad entre los vecinos y trapitos —en las que casi no hay anonimato posible— exacerba las distancias sociales y simbólicas entre las partes. En otras palabras, si bien la proximidad entre sí es cada vez mayor —incluso, en algunos casos, se reconoce cierta aceptación— ésta suele también estar signada por la distancia y la diferencia.

Sostendremos así, que el conocimiento mutuo derivado de esa proximidad funciona a la vez como motor y como principal condicionante de las relaciones de una tríada que parece participar de un juego sin escapatoria. Iniciado por los trapitos que irrumpen en el te-

.....

1 Tomamos las expresiones trapitos y vecinos — en masculino— porque así se utilizan corrientemente en el universo investigado. En efecto, los medios de comunicación, el discurso político y el lenguaje cotidiano se refiere de este modo generizado — masculino universal, agregado e indistinto— a los cuidacoches informales y a la ciudadanía considerada “integrada”, respectivamente. Descomponer las categorías para dar cuenta de la heterogeneidad empírica a la que remiten implicaría desvirtuar su poder ordenador del juego social. En el segundo caso, especialmente, su reemplazo exigiría decir: frentistas, residentes, automovilistas, transeúntes, comerciantes y personas que consumen en mesas de bares que ocupan el espacio público, cuando en verdad, en el uso corriente, el vecino es el considerado — sin más— como el usuario formal de la ciudad mientras que el trapito, el foráneo, disruptivo e ilegal. Si bien adherimos a los principios que animan la utilización del lenguaje inclusivo de la revista, consideramos que, en este caso, dicho reemplazo restaría fuerza a las categorías sociales que circulan en el territorio estudiado y en sus circuitos de sentido común y que operan —fuertemente reificadas— ordenando las interacciones cotidianas de la ciudad. Y ello actuaría en desmedro del argumento central del artículo

ritorio de la calle, los vecinos se ven obligados a participar oscilando – siempre con consecuencias— entre la aceptación y el rechazo. Todo ello frente a la mirada del Estado que navega entre la omisión, la regulación y la prohibición, habida cuenta de que una buena parte de la sociedad ve en la presencia de estos oficios marginales la causa del aumento de la delincuencia y la degradación del paisaje urbano. En este derrotero, es que cobra centralidad el mecanismo de la negociación.

Orientado según el enfoque del interaccionismo simbólico y de las teorías relacionales de la desigualdad, el artículo presenta resultados de un trabajo de campo cualitativo realizado en la ciudad de Santa Fe con entrevistas, observaciones de corte etnográfico y producción colaborativa de recursos audiovisuales.

La hoja de ruta es la siguiente. En primer término, esbozamos algunos rasgos que hacen pertinente un estudio sobre la desigualdad y la marginalidad en ciudades medias, proponiendo como escenario a la ciudad capital de la provincia de Santa Fe. Luego, realizamos una breve descripción de la práctica bajo estudio. En tercer término, sintetizamos las claves analíticas y metodológicas que guían la investigación empírica. Seguidamente, analizamos las interacciones de los trapitos con el Estado, entre sí y con los vecinos. Por último, las conclusiones sintetizan los hallazgos del artículo y proponen que, para revertir los mecanismos de la desigualdad inherentes al fenómeno analizado no basta con capacitar, pseudo-formalizar y menos aún con desplazar a los trapitos, sino que resulta imperioso modificar la asimetría estructural entre las partes.

Desigualdad y marginalidad socio laboral en ciudades medias. El caso santafesino

Los estudios socio urbanos se han abocado en las últimas décadas a estudiar los procesos de desigualdad socio espacial especialmente en las grandes ciudades y con el foco puesto en la movilidad. En efecto, existe un corpus significativo de investigación empírica que viene abordando los desplazamientos cotidianos proponiendo que éstos pueden considerarse ordenadores de las interacciones sociales urbanas y modeladores de la subjetividad y de la condición de ciudadanía. Es

que la distancia a recorrer y el modo en el que se concreta —con sus costos en tiempo, dinero y exigencias físicas— operan como reguladores y normalizadores de los lugares asignados para residir, trabajar y reconocerse parte de una sociedad (Di Virgilio y Perelman, 2014; Segura, 2015; Ziccardi, 2008, Soldano, 2017).

En contraste, escaso interés ha despertado este tema para el estudio de las condiciones y modos de vida en ciudades medias en las que, a diferencia de las primeras, no se plantean distancias objetivas significativas que recorrer y, por ende, las interacciones sociales y los desplazamientos por trabajo, acceso a servicios y consumos de los distintos grupos sociales se dirimen en menos tiempo y mayor cercanía.

En este trabajo —a propósito del análisis de las prácticas de los tráficos y de sus interacciones cotidianas— procuramos argumentar que la atenuación de las distancias físicas expone cabalmente el régimen de desigualdad que da forma a las rutinas diarias y, por consecuencia, adquieren más fuerza la batería de categorías de subalternización que clasifican a la ciudadanía en situación de marginalidad.

La ciudad de Santa Fe, capital de la provincia homónima, constituye un espacio significativo para poner a prueba esta hipótesis. Es hoy la octava más grande del país en cantidad de población, estimada en 401.602 según datos del Censo 2022. Se encuentra situada en el centro de la Argentina, en la zona agrícola y ganadera conocida como *pampa húmeda* y cerca de la confluencia de los ríos Salado y Paraná, por lo cual ha sido históricamente una ciudad portuaria. Constituye un centro comercial, político y administrativo de importancia para la región, aunque viene aumentando su gravitación industrial. Los servicios inmobiliarios, la industria manufacturera y el comercio explican la mayor parte de su actividad económica. (García Conde y Marzioni, 2022).

Desde el punto de vista de su tamaño, la ciudad de Santa Fe —en conjunto con las linderas de Santo Tomé, Sauce Viejo, Colastiné, San José de Rincón— forman parte de un Aglomerado de Tamaño Intermedio (Vapñarsky y Gorojovsky, 1989).²

.....

2 Los mismos se definen por su peso demográfico (50.000 a 1.000.000 de habitantes), por las característi-

Posee históricamente una gran presencia del empleo público, propia de las funciones administrativas correspondientes a su rol institucional de capital provincial. Cuenta con una desarrollada infraestructura de educación básica, técnica y superior y de salud. Por lo demás, en términos generales, comparte las tendencias demográficas y de urbanización salientes en el país y en la región, esto es: disminución y dispersión de la población rural e intensa urbanización, reconfiguración de la migración —que pasó de ser rural-urbana a urbana-urbana— encarecimiento del suelo y la vivienda, multiplicación de los asentamientos populares, agudización de la segregación y fragmentación socio espacial.

En este sentido, la ciudad bajo estudio no logra escapar a las dinámicas desigualadoras del orden urbano capitalista contemporáneo, configurándose como un espacio con profundos contrastes entre las zonas céntricas y las de borde en cuanto a las condiciones de vida que experimentan sus residentes (Wacquant, 2001; Ziccardi, 2008, Soldano, 2008). La calidad de la infraestructura urbana, el acceso a los servicios públicos básicos y a los efectores públicos de salud y de educación, la frecuencia y el estado del transporte público, la disponibilidad de espacios verdes y de centros culturales, entre otros aspectos, son diferentes en unas y otras.³

Adicionalmente, la fragmentación de la ciudad —desde el punto de vista de la calidad de la vida social y urbana— se expresa en la producción de una sociabilidad también marcada por la desigualdad. Quienes habitan en los bordes o residen en zonas pericentrales degradadas

.....
cas de su integración tanto a un sistema urbano nacional, por su participación en escalas supranacionales en la vinculación con procesos productivos globales y por ser parte de un urbanismo de financiarización asociado al excedente del sector primario. Asimismo, su vinculación con el entorno rural productivo también se da en el contexto de nuevas formas del negocio agropecuario y la urbanización de la fuerza de trabajo del sector primario (Altmann, 2018).

3 Al tiempo que las áreas de centralidad muestran un *boom* del crecimiento inmobiliario y la transformación del paisaje de la ciudad y de su patrimonio urbanístico y cultural, la expansión de Santa Fe plantea dilemas permanentes a la planificación ya que lo que se expande es una ciudad de baja densidad y con problemas de discontinuidad en el tejido urbano. Adicionalmente, las características de la estructura productiva y del mercado de empleo permiten ver las dificultades de inserción laboral y sus asimetrías en cuanto a condiciones de formalidad y niveles de ingresos (Cardoso, 2014; Peretti y Gómez, 2011; Rausch, 2010; Fedele y Martínez, 2015, Soijet, 2014).

se desplazan poco desde sus lugares de residencia y establecen escasos intercambios con quienes viven y trabajan en espacios de centralidad. Y cuando lo hacen, estas interacciones suceden en condiciones de fuerte subalternidad en atención a los oficios que desarrollan, de baja remuneración o signados por la marginalidad.

En un radio de pocas manzanas se acumulan oficinas públicas, escuelas, comercios, bancos, bares, muchos de los cuales se *desparraman* en el espacio público. La sociedad santafesina de clase media y alta, usa esa oferta a diaria y es parte —con independencia de su voluntad o interés— de un juego de interacción permanente con la población marginalizada que constituye nuestro objeto de estudio.

¿Quiénes son los trapitos?

Los trapitos integran las filas del “proletariado informal” (Portes y Hoffman, 2003) en las que es posible reconocer desde quienes llevan a cabo los *rebusques* de obtención de ingresos en condiciones de fuerte auto-explotación como a quienes se dedican a la venta ambulante, incorporando hasta segmentos laborales cuyas experiencias traspasan los límites de la informalidad tradicional, quedando incluso en los márgenes de la legalidad. En efecto, junto a quienes se dedican a la limpieza de vidrios, a artistas callejeros, a quienes mendigan en la vía pública, a trabajadores y trabajadoras sexuales, a feriantes ilegales, a cartoneros y cartoneras, y a quienes se desplazan en carros tirados por caballos, la actividad de los trapitos forma parte de un universo de prácticas que se desarrolla en los bordes de los procesos centrales del capitalismo (Salvia, 2007; Schamber y Suarez, 2007).

En términos generales, el factor común que atraviesa las historias de vida que fuimos conociendo es la exclusión socioeconómica de las que los trapitos vienen siendo objeto, ya sea lentamente o a raíz de un evento disparador e irreversible. Así, hay quienes empezaron a trabajar en los rebusques callejeros desde muy jóvenes —incluso niños— y otros que se iniciaron en la adultez, luego de alguna crisis que les dejó en las filas del desempleo por un largo período. En cualquier caso, y dadas las características de alta informalidad y precarización del mercado laboral en Argentina contemporánea, *agarrar el trapo y ocupar*

una *cuadra* para cuidar vehículos se convierte en un refugio ocupacional del que resulta muy difícil salir.

“Si yo tuviera un trabajo no estaría acá” suelen comentar aquellos trapitos con los que hemos conversado en diversas oportunidades. Para algunos de los entrevistados ya ha pasado una década desde el inicio en la actividad y sus expectativas se fueron adaptando a la lógica y perspectivas del oficio. Para otros, ser trapito sigue siendo la sala de espera de un trabajo formal o, por lo menos, una suerte de vidriera para mostrarse ante posibles empleadores de changas ocasionales.

La actividad se realiza con pocos elementos, a saber: un trapo, un balde y agua, provista por frentistas o tomada de canillas de edificios en construcción y viviendas abandonadas. En períodos de crisis económica es frecuente que los trapitos queden en situación de calle por lo que se ven obligados a acarrear colchones, frazadas y algunos elementos personales mínimos para pasar la noche. Los pernoctes no siempre ocurren en el área donde trabajan. Ello depende de los mecanismos de vigilancia que operan en éstas y que van desde la mirada más o menos tolerante de vecinos a las acciones de expulsión directa de las fuerzas de seguridad. En todo caso, los trapitos cuentan que procuran esconder dichos elementos durante el día, debido a que suelen ser robados por otros trapitos o porque se los quita la policía.

Asimismo, si bien los trapitos comparten con otros oficios de la marginalidad avanzada – como quienes recuperan residuos en carros tirados por caballos, juntan cartón o se dedican a la venta ambulante— el hecho de sostenerse en redes de relaciones cotidianas, en su caso no existe un recurso físico material que circule, como con el cartón, las bolsas de residuos domiciliarios y comerciales o los bienes que ofrecen los vendedores ambulantes entre las mesas de bares —bolsas de residuos, pañuelos descartables, apósitos para pequeñas heridas, broches—. Los trapitos brindan un *servicio* y para ello necesitan ejercer el control de la *cuadra*, una suerte de soberanía en el territorio público⁴.

.....

4 Los oficios de la informalidad urbana y su vínculo con el espacio público han sido ampliamente investigados (Carman, 2017, Carrión Mena, 2016, Eilbaum, L. y Villalta, C. 2000, Imbert, 2022, Paiva, 2008 y Perelman, 2007, entre otros). El área de centralidad urbana se constituye, al decir de Moctezuma Mendoza (2016), el epicentro del “horizonte popular de lo posible”. Por su parte, la negociación por el acceso a áreas de centralidad urbana, principalmente en cartoneros es abordada teniendo en cuenta como se moldea la

Cómo se eligen o reparten las zonas entre ellos es algo que intentaremos desentrañar más adelante. En principio, diremos que *ganarse la cuadra* no sólo es una tarea difícil, sino que depende de la capacidad de resistencia e imposición de unos sobre otros y que está fuertemente atada a la capacidad de construir vínculos con los vecinos y agentes estatales. Es esa necesidad —y ejercicio— de permanencia y control del territorio el *quid* de la práctica. Permanecer es controlar que la actividad de cuidar coches se desarrolle sin sobresaltos y sin conflictos. Y ello se logra si se respetan los acuerdos entablados con base en la confianza y el respeto a la distancia.

Algunas claves analíticas y metodológicas

Para comprender estas interacciones, en la investigación se ponen a prueba los enfoques relacionales de Tilly (2000) y Reygadas (2008) en virtud de que dichos autores colocan a las interacciones de la vida diaria en el núcleo de la reproducción de la desigualdad⁵. En efecto, el enfoque de la desigualdad persistente de Tilly (2000) brinda elementos explicativos para iluminar los mecanismos profundos que mueven este proceso y lo reproducen a diario. Según este autor, la vida de las sociedades complejas adquiere la forma de configuraciones en una red cuyo conjunto básico es el par categorial. Las categorías son construcciones sociales se fortalecen y parecen condensar atributos. Así, denominaciones como trapito, carrero, limpiavidrios operan como etiquetas que, sistemáticamente ordenan las interacciones cotidianas. Las categorías se desplazan y se replican en una suerte de ósmosis que las hace pasar de un contexto a otro. Las organizaciones estatales, por ejemplo, toman decisiones y resuelven la asignación de recursos basadas en distinciones categoriales externas a sus campos de actuación que incorporan a sus libretos organizacionales internos. Esto también

.....
postura de recolectores para lograr transitar las calles sin mayores inconvenientes y lograr conseguir el material que les dará sustento económico (Perelman, 2019).

5 Tilly (2000) ha desarrollado en profundidad este tema en la construcción del enfoque de la desigualdad categorial. Este autor señala que la utilización de categorías externas economiza la toma de decisiones al interior de las organizaciones. Cuando las internas coinciden con las externas se refuerza la desigualdad. Para operar sobre la desigualdad hay que trabajar sobre las creencias y sobre los flujos de recursos, las cargas y las recompensas.

aplica para los contextos de interacción que explicaremos en los siguientes apartados, esto es: las calles y las veredas donde se encuentran y relacionan trapitos, vecinos y Estado.

El enfoque de la desigualdad de Reygadas (2008), por su parte, incorpora la naturaleza procesual de la desigualdad, lo que resulta muy útil para el análisis del objeto de estudio en cuestión. Para este autor, la desigualdad resulta de la interconexión entre las estructuras económicas que generan apropiaciones diferenciales de la riqueza; a las políticas que producen apropiaciones dispares de poder, las sociales que marcan dispares apropiaciones de estatus y prestigio; y las culturales que legitiman la desigualdad y generan apropiaciones asimétricas de los recursos simbólicos que están en juego en una sociedad, operaciones de valoración, clasificación, jerarquización, distinción, equiparación y diferenciación de conjuntos sociales⁶.

Ahora bien, ¿cómo se aplican estas orientaciones al análisis de los trapitos? Es necesario especificar los distintos planos de la desigualdad que a su vez se vinculan con distintos aspectos del poder. En primer lugar, el macrosocial que le da encuadre al fenómeno estudiado, en el que es posible reconocer las estructuras y condicionantes objetivos con efectos en las prácticas estudiadas. En nuestro caso, los capitales disímiles de los agentes, la morfología del escenario urbano y su escala. En segundo lugar, el plano meso social que remite al poder regulador de las instituciones y políticas públicas en las interacciones en las que se involucran los trapitos y que funcionan reforzando o desmontando barreras entre los grupos. En efecto, una manera de arribar a la cuestión de la desigualdad es identificando las barreras que separan a las personas y que pueden ser legales —prohibiciones, permisos,



6 Reygadas (2008) propone la teoría de expropiación-apropiación, la cual sostiene que, en nuestras sociedades, la distribución de los bienes *valiosos* —dinero, prestigio, seguridad, poder, estima— como los *repudiados* —pobreza, subordinación, riesgos, estigma— se desarrolla en un sistema de relaciones de poder, que a su vez está atravesado por valoraciones e interpretaciones en pugna en torno a su legitimidad. Por lo tanto, no alcanza con radiografías de la distribución, es menester estudiar las batallas culturales por la imposición de significado y legitimidad a los mecanismos de apropiación que la subyacen. Debemos, además, estudiar redes de desigualdad, redes que son tanto materiales como simbólicas.

derechos—, físicas como muros o barreras, y simbólicas —estigmas, clasificaciones.⁷

Finalmente, el plano micro social alude a las capacidades y recursos de las personas para apropiarse de una porción de la riqueza social. Estos recursos pueden ser externos —posesión de herramientas, dinero, medios de transporte— como internos —capacidad de trabajo, conocimientos, creatividad, inteligencia—. Para el caso de los segundos, el autor remarca que siempre están atados a las condiciones que impone el medio social; es decir, se vinculan directamente a la posesión de ciertos bienes primarios tales como medios de subsistencia, infraestructura institucional y material, y al capital cultural de cada agente. Dicho capital resulta clave para mejorar las credenciales que les permitan moverse con holgura en el mercado de trabajo o restaurar un estatus dañado. No obstante, la detección de atributos y dotaciones de las personas no alcanza a explicar los diferenciales de posesión de dichos capitales. Para estudiar la desigualdad hay que atender a los dispositivos institucionales que operan tanto en la distribución de estos activos como en las interacciones. Y para modificarla o revertirla, también.

El desafío de investigar interacciones

No paran porque estas vos

Mientras más nos acercamos a intentar comprender las prácticas de los trapitos, más comprobamos el grado de interferencia que provoca nuestra presencia *in situ*. De tal impacto es que estemos allí —sentados en baldes que hacen las veces de banquetas y rodeados de parasoles de cartón— que la policía que suele parar a inspeccionar lo que están haciendo y a hacer que despejen el sitio, al vernos, decide seguir de largo.

Es sabido que toda técnica de investigación social modifica con su intervención la situación bajo estudio. Esto ocurre en la entrevista —tanto cerrada como abierta— y con la observación. Sabemos que frente a la mirada externa las personas cambian de actitud, es decir,

.....

7 Las *fronteras* rigen los flujos de las personas, los objetos, los servicios y los símbolos. Nunca son fijas, sino rebasadas, cuestionadas, transgredidas y exhiben distintos grados de permeabilidad o porosidad.

detienen la disposición natural de entrega a la rutina para pararse a reflexionar y a objetivar aquello que nuestras interpelaciones —a través de preguntas y miradas— pone en cuestión.⁸

Pero cuando el objeto de estudio son las interacciones, las consecuencias de estas intromisiones se vuelven parte sustantiva del asunto a desentrañar y no un estorbo. El hecho de que el patrullero policial no pare al vernos conversar con los trapitos o simplemente estar allí con ellos, es algo altamente relevante para este estudio. Es más, hace parte del método.

Lo mismo pasa cuando advertimos que si miramos a quienes conducen vehículos mientras jóvenes limpiavidrios se acercan rápidamente a sus parabrisas en los semáforos, sus actitudes cambian. No los expulsan sin más. Evalúan el costo de no colaborar con algunas monedas y de hecho acceden a que la interacción ocurra. Es el costo respecto a las personas investigadoras que estamos allí, retratando el momento.

Lo que sucede con las fuerzas de seguridad, las personas que usan automóviles, los trapitos, los limpiavidrios y quienes investigamos es que estamos teniendo una participación negociada en la interacción. Y ello, porque se trata de un juego vinculante y sin escapatoria para los cuatro primeros casos y especialmente interesante para quienes queremos entender cómo se reproduce la desigualdad social.

Además de la observación y de la entrevista, el trabajo de campo de esta investigación se vale de una herramienta metodológica bastante original: la realización de productos audiovisuales de corte documental con los actores implicados. La técnica permite un tipo de acercamiento de estilo etnográfico. En efecto, el hecho de compartir las distintas etapas de realización del documental —desde la preproducción hasta la postproducción— funciona como un tiempo privilegiado para que los sujetos de la investigación reflexionen, discutan, pongan en



8 Para la realización del campo cualitativo, nos basamos en el enfoque del interaccionismo simbólico clásico desarrollado por Mead (1972), Blumer (1937) y Goffman (2001) según el cual las interacciones micro no son solo un reflejo de los procesos globales sino que, a su vez, los contienen y reproducen. Los intercambios entre los individuos que se verán aquí pueden interpretarse como un prisma inverso en donde las dimensiones sociales globales de la desigualdad se sintetizan e incorporan en las interacciones cotidianas. Para un análisis de la importancia de la relación acción-contexto y de la renovación epistemológica contemporánea, especialmente en el campo del pragmatismo. Véase, por ejemplo, Nardachione y Pereyra (2022)

valor y cuestionen sus trayectorias vitales, el sentido de lo que hacen, la mirada social, la intervención del Estado, la finalidad del producto, entre otros temas.

Específicamente, en el marco de esta investigación se mantuvieron encuentros con seis trapitos que se *reparten* el cuidado de una misma zona. Se realizaron entrevistas exploratorias y en profundidad; y observación. Con uno de ellos, en particular, se produjo el trabajo audiovisual. Ese ritual cotidiano nos permitió reconocer algunos de los elementos, recursos y soportes de las interacciones entre trapitos, vecinos y agentes estatales. Posturas corporales, gestos, mensajes que hacen a la *performance* que habilita el intercambio monetario.

La técnica permite que, aunque parcial y momentáneamente, se suspendan las referencias a los atributos que en la interacción cotidiana regular nos ubican en sectores y espacios sociales distintos. En efecto, la propuesta del proyecto conjunto desplaza los roles hacia otro escenario donde el intercambio es novedoso. En cierto sentido, nos nivela.

Como propone Russo (2021), la técnica moviliza una intervención empática y comunal, en la que las barreras entre quienes investigamos y las personas investigadas —que son inevitables—, no impide definir y realizar un objetivo común. En este caso, trasladar aquello que se produce en el encuentro hacia la imagen y que los actores de la investigación perciban que su mirada se pone en juego y se legitima. Así, la intención de construir una mirada *comunal* procura evitar caer en estigmatizaciones de la vida en la marginalidad y restringir todo lo posible el efecto de invasión o juicio que nuestras preguntas puedan implicar. A fin de cuentas, se trata de incorporar la mirada de la persona precarizada y de su vida material sin caer en fabulaciones, o visiones románticas, dando lugar a la expresión del bagaje experiencial, emotivo e intelectual que construye cada cual en su recorrido vital.

Así, el hecho de haber puesto foco en las interacciones es el resultado de esta experiencia realizada en conjunto, puesto que interactuar con otras personas es el núcleo de su actividad, su lógica fundamental. En efecto, lejos de lo que una mirada superficial puede adivinar como caótica —incluso anómica—, las prácticas de los trapitos se rigen por una serie de mecanismos de generación de conocimiento mutuo y con-

fianza, gestión de la distancia, corrección y control de desvío de aquellas prácticas que pueden atentar con su reproducción.

Asimismo, el territorio es clave. La zona donde trabajan los trapitos moldea el tipo de interacciones que allí suceden vinculadas al mayor o menor anonimato que permite el área. Es decir, de acuerdo a cómo se configura la cuadra entre negocios, casas, edificios e instituciones, puede haber un mayor o menor intercambio y reconocimiento mutuo entre quienes habitan o circulan cotidianamente.

La aproximación etnográfica en la que se basa este trabajo tuvo lugar en una zona de alta concurrencia y movilidad de la ciudad de Santa Fe. En esas cuadras conviven y circulan comerciantes y quienes residen con personas que trabajan en las diferentes instituciones allí instaladas y que estacionan sus autos en los mismos lugares todos los días. Asimismo, existen numerosos comercios gastronómicos que funcionan tanto al mediodía como a la noche y que elevan la demanda de estacionamiento con retribuciones eventualmente más abultadas para los trapitos. Por último, en la zona hay edificios y casas bajas cuyos residentes han aprendido a convivir y a confiar en los trapitos, conocen sus nombres y sus horarios de trabajo. Además, existe una organización temporal de la actividad que, según sus relatos, reconoce tres turnos. El de la mañana —el más redituable— que se inicia con el ingreso de las personas empleadas a las instituciones y que culmina alrededor de las 15 horas. En esta franja horaria suele haber dos o tres trapitos compartiendo la zona. El segundo turno es por la tarde, momento en que el trabajo disminuye porque la mayoría de los comercios están cerrados y reina la suerte de suspenso o parálisis que impone la siesta en ciudades como Santa Fe. En esta franja horaria suele haber un solo trapito o ninguno. Por último, el tramo de la noche, en el que aumenta exponencialmente la circulación de vehículos de gente que asiste a los comercios gastronómicos. Contrariamente a lo que podíamos suponer, los trapitos que componen esta muestra suelen esquivar este horario por ser el más peligroso tanto por los robos —de los que ellos no están exentos— como por la mayor tensión que supone la presencia de las fuerzas de seguridad y comensales eventuales que suelen presentar menor disposición a colaborar. Este horario suele ser una opción de

rescate en aquellas jornadas en que la recaudación no fue suficiente para el sostenimiento diario.

Trapitos y Estado

Estar acá a veces es peor que en la cárcel

En el momento en que realizamos esta investigación la actividad de cuidacoches no estaba en rigor prohibida en la ciudad de Santa Fe, como en casi ninguna jurisdicción de la Argentina. A pesar de la opinión pública mayoritariamente crítica respecto del asunto,⁹ el Estado parece reconocer que es imposible eliminar el oficio dada la informalidad y precarización del mundo del trabajo. En la ciudad de Santa Fe, la Ordenanza N° 12635 de 2019 (Honorable Concejo Municipal) busca el registro de quienes realizan la actividad de cuidado de vehículos y la regulación de la práctica mediante su reubicación y control horario. En el texto de la misma, se destaca que el propósito es: “abordar de manera particular la problemática asociada a cada una de las personas y familias que actualmente desarrollan dicha actividad en la Ciudad de Santa Fe, e iniciar un proceso de incorporación de los mismos a la economía formal”.

.....

9 Es importante mencionar que con posterioridad a dicho trabajo de campo la cuestión de los trapitos cobró una enorme centralidad en el debate público y en la agenda de gobierno de la ciudad de Santa Fe. De hecho, el gobierno municipal impulsó un proyecto de regulación que contenía un dispositivo denominado Estacionamiento Social Asistido (ESA) el cual iba a ponerse en vigencia, en calidad de prueba piloto, en barrios de fuerte actividad comercial y en los que espacio público se usa para la realización de la actividad privada (bares que colocan mesas en las veredas). El ESA permitiría la asignación horaria y geográfica de ciertas zonas a cada trapito para su explotación y, a su vez, un monto fijo por hora a cobrar a quienes estacionasen. A su vez, se proponía que los trapitos debían comenzar el trámite del monotributo social y cumplir una serie de requisitos tendientes a la regularización de la práctica. La iniciativa recibió fuertes críticas de parte de los vecinos organizados en asociaciones, encontró cauce en los medios de comunicación y fue retirada de su tratamiento en el Concejo Deliberante. Poco tiempo después, el mismo ejecutivo municipal envió al concejo el mensaje de prohibición de la actividad, el cual fue aprobado por mayoría el 6 de Mayo de 2024. Ver:

https://www.ellitoral.com/area-metropolitana/inseguridad-barrío-candioti-norte-robos-arrebatos-patrullaje-policia-reclamo-vecinal_0_LfuUC1hIzr.html

<https://www.unosantafe.com.ar/santa-fe/estiman-que-los-ultimos-tres-anos-se-quintuplico-la-cantidad-trapitos-y-piden-acelerar-el-debate-el-concejo-n10053222.html>

<https://santafenoticias.gob.ar/la-municipalidad-presento-el-programa-de-estacionamiento-social-asistido-esa/>

<https://www.concejosantafe.gov.ar/noticias/10476-se-prohibe-la-actividad-de-los-cuidacoches-en-la-ciudad-de-santa-fe/>

Mediante la creación de un registro de cuidadores de vehículos y la entrega de credenciales habilitantes, se propone una delimitación geográfica y horaria para el ejercicio del servicio asignando a cada cuidador una calle y/o espacio para el desempeño de su labor. Esto se realizaría luego de la presentación del certificado de buena conducta del solicitante. Por último, destaca que los cuidadores no pueden exigir el pago de canon a los automovilistas, sino que deben ser voluntarios.

Asimismo, la ordenanza prohíbe que la actividad se realice en las cuadras donde ya existe el sistema de estacionamiento medido. Esta zona, conocida popularmente como centro de la ciudad, es donde actualmente los trapitos trabajan, es el espacio "vivido" (Lefebvre, 2020) y es la zona que, en los mapas sociales de la ciudad, se presentan los indicadores más altos en condiciones materiales de vida. Como mencionamos, es donde el circuito de recursos es superior a otras zonas y en mayor calidad.

A su vez, los trapitos destacan a la permanencia como un elemento valioso para lograr el éxito en la obtención de sus recursos de sustento. La consolidación del lazo, generado a través de la presencia y convertirse en un elemento cotidiano de la cuadra, estimula un intercambio favorable al aumentar los niveles de confianza. Volveremos sobre ello más adelante. Por todo esto, la reubicación, según perciben y cuentan, implicaría una afectación drástica a sus ingresos. Comenta uno de nuestros entrevistados:

Si a una persona la llevas a otro lado, la trasladas... ¿Qué hace esa persona si no conoce el lugar? Tiene que volver a empezar. Dejar el lugar donde estuvo años cuidando, haciendo amistades, "clientes" como se dice acá, conocidos, gente que te ayuda... ¿Por qué no piensan en eso? Sí nos trasladan de acá a la otra punta de Santa Fe nos cuesta el doble porque tenemos que empezar de vuelta. La gente no te conoce, te mira mal, vas a tener problemas porque va a haber desconfianza. ¿Cómo hacemos?, si nos trasladan no conocemos a nadie. Los clientes que tenemos acá de lavado de autos y la gente que nos ayuda, que nos trae para comer, o nos da una ropa o un calzado, no se va a ir hasta el nuevo lugar a llevarnos. Tenés que volver a hacer sociales, volver a hacer amistad, volver a agarrar confianza y cómo está la cosa en la calle no está tan fácil como para hacer amistades

y que te tengan confianza (Fragmento de entrevista a trapito, 30 de junio de 2023).

También aparece como de muy difícil cumplimiento el requisito de inscripción de los trapitos en el registro, centralmente por la exigencia de presentación de certificado de buena conducta. En efecto, es improbable que algún cuidacoche lo pueda obtener ya que la misma práctica hace que, en algún momento de sus vidas, hayan sido detenidos por la policía lo que suele generar antecedentes penales. El propio intendente de la ciudad calificó a la ordenanza de inviable por considerar que ésta no contempla elementos claves de la actividad¹⁰.

Ahora bien, en este contexto de inviabilidad de la norma, lo que prima en la regulación de la práctica son los acuerdos informales entre agentes municipales, la policía y los propios trapitos. Los márgenes de acción, no obstante, son notablemente desiguales.

Los trapitos habituales conocen las dinámicas de estos acuerdos y no se impacientan ni por la llegada de nuevos trapitos ni por los repentinos desbordes en el accionar de las fuerzas de seguridad. Uno de ellos, que trabaja hace 11 años en la misma cuadra, nos cuenta: “en cada cambio de gestión empiezan a venir a querer sacarnos, hasta nos han pateado los baldes” (Conversación casual, 21-02-2022).¹¹ Según su relato, es como una ola que viene en un momento, golpea y hace que ellos se retiren. Luego, cuando la marea baja, vuelven a ocupar sus lugares. Por ello, parece estar despreocupado respecto de los efectos perseguidos por las políticas públicas. Ni los intentos de reubicación ni los de prohibición de la práctica han tenido sostenibilidad.

Los nuevos trapitos —recién llegados a la actividad— experimentan de otro modo estas tentativas. Uno de ellos, quien se ha ubicado en la cuadra hace un mes, se queja en la entrevista del control policial: “estar acá a veces es peor que en la cárcel”. En efecto, todos los días

10 Ver: https://www.ellitoral.com/area-metropolitana/santa-fe-cuidacoche-concejo-ordenanza-jaton_0_SVrd9k3n6N.html

11 Los relatos de los trapitos surgen de diversos acercamientos de tipo etnográfico e intercambios cotidianos que se dieron con los cuidacoches en todo el período de trabajo de campo durante los años 2022 y 2023. En lo que se dieron en contexto de entrevista semi-estructurada se especifica la fecha.

la policía y agentes municipales lo despiertan y corren del lugar donde ponía su colchón. Es frecuente que estas acciones terminen expulsando a los nuevos trabajadores, lo que resulta tranquilizador para los trapitos de *siempre* que han aprendido a esperar a que baje la marea vigilante y se retome el control de área.

Ahora bien, de la misma forma en que la escala de la ciudad no permite el anonimato de los trapitos, tampoco lo logra en el caso de agentes estatales. Cuando interviene un agente *nuevo* que desconoce los acuerdos informales vigentes, los reclamos se elevan desde el lado de los trapitos. Por ejemplo, en una mañana nos encontramos con uno de ellos enfurecido por una situación que había vivido con la policía. Según comentaba, sin motivo alguno, había aparecido un comisario y lo había maltratado. Sobre ello comentó: "este comisario no nos conoce, por eso nos trata así, no se quien se cree que es sino viene nunca". En general, los encuentros suelen ser menos violentos: "muchas veces se paran nomás y ahí te tenés que ir y volver más tarde. O te hacen moverte para sacar una foto, eso me molesta porque me hacen levantarme para sacar una foto" destaca el mismo trapito en otra ocasión (Fragmento de entrevista a trapito, 30 de junio de 2023)

Tanto los colchones en la vereda para quedarse a dormir como el comisario desconocido que había venido de manera prepotente a querer echarlos constituyeron infracciones al acuerdo informal que existe entre los trapitos, los agentes estatales y los vecinos. El tire y afloje es continuo y quienes han podido comprender su funcionamiento son los que prevalecen en el tiempo y se consolidan en una cuadra. La legitimidad es dada por los funcionarios que en su omisión muchas veces permiten la labor de algunos trapitos que conocen y saben que no son problemáticos y, por lo tanto, no pelagra el equilibrio de los acuerdos.

A su vez, el Estado asume una posición de *guardián* de la distancia entre los trapitos y vecinos. En efecto, son los transeúntes y residentes de las zonas de centralidad los que poseen el recurso de la denuncia y el reclamo frente a actitudes de trapitos que consideran inapropiadas para *ese* territorio. En paralelo, son vecinos y agentes de las fuerzas policiales quienes pueden y suelen apañar a aquellos trapitos con los que construyeron lazos de confianza y que consideran que se comportan adecuadamente.

Trapitos y vecinos

En las interacciones con residentes, automovilistas y transeúntes a los que genéricamente se denomina en el universo analizado —y en este trabajo— *vecinos* y en pos de lograr una mejor retribución, los trapitos suelen enfatizar el carácter subalterno de su actividad siempre y cuando sean acompañados por actitudes y gestos afables que parecen ser especialmente valorados por quienes actúan de benefactores a la hora de decidir el monto de la retribución.

Un experimentado trapito nos cuenta que en los días de lluvia la recaudación es mayor y que esto sucede porque a la gente le da lástima verlo a la intemperie y mojado. Otro entrevistado, que se dedica al oficio desde los 11 años, dice textualmente: “yo me pongo en el lugar de la otra gente, la que te mira” (Fragmento de entrevista a trapito, 30 de junio de 2023), para explicarnos que se adapta a lo que los vecinos esperan de él. En una de las jornadas de trabajo de campo, un trapito nos dice entre risas que se va a “tomar un recreo”, haciendo la señal popular que indica que se tomará una cerveza. Es que tiene que cuidar las formas y retirarse de la cuadra en la que trabaja para no ser visto por quienes interactúan a diario con él. Mientras tanto, otro trapito decidía quedarse, pero mantenía la cerveza escondida dentro del balde que usa para lavar autos. Merece la pena destacar que estas tácticas de ocultamiento ocurren en un espacio público plagado de bares donde la gente toma cerveza ostensiblemente en todos sus formatos posibles, y en una ciudad donde esta bebida no sólo forma parte central de la identidad, sino que integra el panteón de los consumos culturales y estructura la sociabilidad.

En el otro punto de la relación, transeúntes y conductores desarrollan una suerte *de tiranía de la moneda*, cada vez que deciden a quién darle dinero y cuánto. Ello entraña una validación de la práctica, pero no en general sino de ciertas *performances* consideradas aceptables o por lo menos tolerables. El vínculo trapito-vecinos se sostiene si se guarda la asimetría y la distancia social entre unos y otros. Si bien en algunos casos, éste puede parecer el que tendría un jefe con un empleado, solo basta volver a darle encuadre a la interacción —contexto, condiciones— para advertir el fuerte carácter paternalista o benefac-

tor que asume quien se encuentra en situación de poder dar unas monedas mientras pone en marcha el motor de su auto.

Este aspecto permite reconocer, lo que Stavrides describe como “el arte de la negociación con la alteridad” (2016:16). Aquellos trapitos que desarrollan un mayor poder de adaptación a lo que se espera de la práctica normalizada —posturas, gestos, discursos— obtienen una mayor recompensa. Al tiempo que los vecinos, podrán entrar y salir de la interacción sin conflictos y al menor costo subjetivo y monetario posible.

En los relatos de los trapitos más experimentados y, por lo tanto, de quienes han podido permanecer de forma exitosa en el oficio, contemplamos estas referencias a la posición subalterna y a la supuesta comprensión de las referencias de comportamiento que el lugar y sus habitantes les demandan. En términos de Boltanski (2017) podemos pensar estas actitudes en el marco de los regímenes de justificación del orden moral dominante, como formas de obtener el beneplácito del grande, que, a su vez, demuestra grandeza cuando retribuye. Cómo “modos de valoración” (2017:181), nuestros interlocutores destacan el “ganarse la confianza” o la referencia de esos vecinos para obtener la legitimidad que les permita continuar en la cuadra mediante estima y reputación.

En efecto, el reconocimiento mutuo, según los trapitos, es fundamental para generar la confianza suficiente que les permite a ellos conservar su cuadra. Por otro lado, cuando son denunciados, estigmatizados o denigrados sostienen que es, mayormente, porque no los conocen.

Los niveles de confianza apreciados y reconocidos por las partes varían de acuerdo a cada trapito y a cada vecino. Hay una confianza basada en el reconocimiento mutuo y la pérdida del anonimato, otra en conocerse mutuamente por los nombres y saber un poco de la historia del otro —donde trabaja y vive, como es su familia, de que club es hincha, etcétera—. En otros momentos pudimos identificar una defensa activa de la función de los trapitos en la cuadra cuando vecinos, intrigados por las actividades que realizamos, se acercaban a preguntar y destacaban la intimidad del vínculo construido. Por último, hay un nivel de confianza que se manifiesta en favores que van

desde permitir sacar agua de sus canillas para el lavado de los autos hasta dejar la llave de los vehículos para el pernocte de los trapitos en los días de mucho frío.

Decíamos antes que el asunto de saber guardar la distancia resulta clave para todos los actores, pero especialmente para los trapitos que son los que inician el juego de la interacción. Saber abordar la situación con conductores que quieren estacionar sus vehículos y especialmente saber retirarse a tiempo y no insistir, es una habilidad que permite la creación de umbrales tácticos que facilitan la interacción y potencian sus resultados. No todos lo logran. Como afirma Stavrides: “las personas desarrollan el arte de la negociación en sus encuentros cotidianos con la alteridad, cuya base se encuentra en los espacios intermedios, es decir, en los umbrales” (2016:16).

Los trapitos saben a ciencia cierta que su permanencia en el territorio está directamente condicionada con la posibilidad de sostener esa distancia en cada interacción, distancia que en el comienzo vulneran cuando se desplazan desde sus lugares de residencia —en los márgenes urbanos— hacia al espacio público de centralidad. Cuando esa distancia se rompe, por ejemplo, cuando un trapito observa fijamente a quien conduce mientras —en el interior del vehículo— busca su billetera, o cuando se queja por el monto de la retribución, cuando sus actitudes corporales son violentas, o generan conflictos por la expansión del espacio ocupado, inmediatamente saben que se activarán los mecanismos de alarma y denuncia. Aparecerá el reclamo de los vecinos y conductores y la posterior intervención del Estado con sus intentos de desplazar, regular o prohibir. Será inmediato. Los agentes estatales se volverán más estrictos y menos permeables.

No obstante, la gestión de la distancia exige el aprendizaje de modulaciones. Y ello en dos sentidos. Por un lado, deben evitar una teatralización exagerada de la marginalidad en sus actuaciones cotidianas de vida ya que esto puede provocar una ajenidad total y, derivado de ello, un rechazo de plano. Nos dice un trapito: “te van a ver tirado en una esquina muriéndote de frío y no te van a ayudar nunca. Te van a ver todo mojado y la gente te va a dar vuelta la cara” (Fragmento de entrevista a trapito, 30 de junio de 2023).

Y a la vez, deben evitar lo opuesto, esto es, una proximidad impostada. Ninguno de los dos extremos garantiza mejores recompensas. Se trata de un equilibrio. Los trapitos que con tiempo y permanencia han adquirido las habilidades del oficio y se han ganado la confianza, saben abrir —y cerrar— ese umbral de encuentro con fluidez: “hay que saber soportar (...) hasta esas cosas me he aguantado, que muchos no se la aguantan”. dirá uno de ellos en la entrevista. (Fragmento de entrevista a trapito, 30 de junio de 2023)

Aguantar agravios, discriminaciones, estigmatización y la violencia de las fuerzas de seguridad. Bajar la mirada y mostrar respeto. Por eso son los propios trapitos quienes se encargan de velar por el cumplimiento de esa regla de la distancia. Como veremos en el próximo apartado, son ellos los que expulsan a los *revoltosos* con el objeto de volver a equilibrar la interacción.

Entre trapitos

Nos ponen a todos en la misma bolsa

Como con todos los rincones del mundo social que investigamos, cuando más nos acercamos al fenómeno más astillas y complejidades desafían la comprensión. En este caso, también. Los trapitos reclaman que se preste atención a sus propias operaciones de distinción. Según sus relatos, hay por lo menos dos clases de cuidacoches, los buenos y los malos, según sea el nivel de respeto por las reglas. Esto es, según mantengan un buen trato con vecinos y conductores, cuiden su aspecto y presentación y no invadan las zonas de otros. Este último aspecto, el territorial, es clave para comprender el objeto bajo estudio. ¿Cómo se distribuyen las zonas? ¿Cómo se resuelven las disputas?

Observamos que en este punto opera el proceso de emulación del que habla Tilly y que fue citado anteriormente. Los trapitos replican entre ellos —para sí— los mecanismos de jerarquización —basados en la moral— de los que son objeto por parte de los vecinos, y distinguen entre buenos y malos trapitos. Ser un *mal trapito* es exigir una retribución fija al vecino en vez de esperar pacientemente a que éste decida lo propio y aceptar incluso el hecho de no obtener nada; usar el

dinero para consumir drogas o alcohol y por supuesto, rayar o romper vehículos de quienes no pagan.

Por el contrario, un *buen trapito* se comporta adecuadamente, acepta el modo y el resultado de la interacción —lo que incluye soportar estoicamente el frecuente destrato y la estigmatización por parte de vecinos y transeúntes— y destina sus ingresos al sostén de su familia. Ello, como ya dijimos, es lo que hace que algunos trapitos sean premiados con la confianza que legitima su permanencia en la cuadra, y que otros, por el contrario, terminan siendo desplazados.

Entiendo a la gente que quiere sacar a los trapitos. Yo creo que tienen que poner gente que vea realmente la gente que quiere laburar y que quiere llevar el pan a su casa, antes de meternos a todos en la misma bolsa (...) nos dejan mal mirados a todos (Fragmento de entrevista a trapito, 30 de junio de 2023).

En suma, la mirada generada del otro lado del umbral, se mete entre sus filas como método de discriminación y adoctrinamiento y, en muchos casos, de anulación de pares. Comenta uno de ellos sobre cómo consiguió su zona de trabajo:

Se me dio un día por venir acá a cuidar y vi que había gente que no, gente que era atrevida, que hacía cosas malas, el lugar era muy mal mirado. El lugar era muy mal mirado por toda esa gente, que faltaba el respeto, que se ponía a tomar, que se peleaban acá y a mí no me gustaba para nada. Yo me pongo en el lugar de la otra gente, que te mira (Fragmento de entrevista a trapito, 28 de febrero de 2023).

Para nuestro entrevistado la legitimidad que habilita su presencia está dada porque es capaz, según él, de ponerse en el lugar de la otra gente, la que te mira. Dicha capacidad no solo le permite ocupar el espacio sino también ser una especie de guardia de la cuadra. Continúa en su relato:

Tuve que chocar con esa persona y la tuve que echar. Y tanto a esa persona como a los que estaban acá, que vinieron a hacer juntadero, que vinieron a hacer cagadas, también los tuve que echar. Y me

quedé yo con la cuadra. Me quedé yo a cuidar, a proteger, a cuidar acá alrededor también que no roben. Que no haya peleas, que no falten el respeto, y así me gané la confianza de muchos (Fragmento de entrevista a trapito, 28 de febrero de 2023).

Vemos entonces que esta suerte de rol de brindar seguridad y cuidar la imagen de la zona aparece incluso como más importante que el lavado y cuidado de vehículos. De hecho, el entrevistado nos explica que, a su juicio, a los vecinos les convendría ponerse de acuerdo para pagar un monto fijo mensual. Ello beneficiaría a todos ya que él no necesitaría estar pidiendo dinero a conductores y la cuadra estaría despejada de elementos que los vecinos podrían considerar molestos, incómodos, sospechosos, incluyendo a otros trapitos.

En efecto, los recién llegados al oficio deben estar alertas y sospechar tanto de los vecinos, como de los agentes estatales y de los mismos trapitos. Y ello porque la mirada que vigila y adoctrina su comportamiento está atenta ante cualquier infracción que pueda cometer y que devenga en un desequilibrio en la regularidad de la práctica. Bajo este panorama, se comprende aún mejor la afirmación que hacía el trapito que dormía en la calle y decía, haciendo referencia al control que sentía sobre sí mismo, que estar ahí era peor que estar en la cárcel.

La competencia por conquistar y permanecer en un territorio —coazón de la práctica de los trapitos— parece obstaculizar la construcción de vínculos de tipo comunitarios o cooperativos, a diferencia de otros oficios de la marginalidad que han logrado cierta organización colectiva, como quienes cartonean o changarines.

Conclusiones

De la diversidad de oficios informal marginales que se despliegan en el orden urbano santafesino en este trabajo nos referimos a aquel que realizan los popularmente conocidos como trapitos, cuya actividad ha sido y es detonante de importantes polémicas públicas. Desplazados estructuralmente de los circuitos laborales formales, los trapitos encuentran en la calle una forma concreta de obtener sustento material mínimo para ellos y sus familias. A diferencia de otros rebusques informales, el trabajo exige permanecer en una cuadra y,

de cierta manera, gobernarla. Ello implica, como fuimos relatando, que se entablen una serie de negociaciones con diferentes actores del escenario urbano: vecinos, agentes estatales y otros trapitos. En el hecho de ganarse una cuadra se pone en juego —y en valor— un saber labrado en la experiencia.

Los trapitos abren un umbral de interacción en zonas donde circulan, trabajan y consumen las personas de clase media y alta. Sin embargo, la simple irrupción no es suficiente para lograr que el vínculo se realice. De hecho, cuando un trapito no tiene las habilidades sociales suficientes para producir ese umbral —manteniendo a resguardo la necesaria distancia— la interacción suele considerarse violenta por parte de conductores y vecinos y es rechazada de plano. En efecto, la distancia es un componente clave para que el intercambio sea posible y sostenible. Cuando los trapitos pretenden ganarse la calle a través de imponer o sobreactuar su presencia y poder, la historia suele terminar con su expulsión del área.

Asimismo, la actividad del trapito exige hacer presente la subalteridad de su posición material, social y cultural respecto a los vecinos, la que se materializa en gestos, posturas corporales, miradas y comentarios que componen una performance a ser retribuida.

La escala de la ciudad, a su vez, interviene de una manera fundamental en el desarrollo de la actividad. Las distancias acotadas, propias de una ciudad intermedia reducen los espacios en los que el juego se desarrolla eliminando el anonimato para la diversidad de participantes. El hecho de conocerse funciona como mecanismo que permite la interacción y regula la distancia social necesaria. “Ganarse la confianza” constituye el trabajo cotidiano de los trapitos en un escenario reducido donde las personas se conocen y la mirada que vigila se reproduce en cada vecino y transeúnte con la posibilidad de identificarlo y denunciarlo. En síntesis, el intercambio se efectiviza en la medida que la desigualdad se manifiesta —y reproduce— en cada interacción.

Asimismo, la perpetuación de la desigualdad en el mundo analizado se vincula al hecho de que los trapitos emulan los mecanismos externos de su producción global y los trasladan al interior de sus filas. Los buenos trapitos son quienes logran la permanencia en el territorio y por ende, quienes han incorporado la mirada de los vecinos,

sus categorizaciones, y sus expectativas relativas a lo deseable en el área. Se convierten, así, en vigilantes de estas expectativas regulando el comportamiento de sus pares y llegando incluso a expulsar a quienes no las acaten, comprendan, o no tengan las mismas habilidades para incorporarlas.

De acuerdo a lo anterior, tanto vecinos como trapitos, reafirman la distancia y reproducen la desigualdad incorporando, en las interacciones, los principios de categorización que emulan la subalternidad entre las partes. Las categorías se desplazan junto a los trapitos, se replican en las interacciones y contribuyen a profundizar la desigualdad.

Finalmente, los agentes estatales toman posición en el lazo entre vecinos y trapitos cuidando las formas que toman las interacciones. Ya sea interviniendo de manera directa mediante la expulsión de algún trapito que no acepte o no sea capaz de adaptarse a las reglas de juego o, caso contrario, mediante la no intervención, dejando trabajar a aquellos que adaptan su comportamiento a las demandas implícitas de vecinos y conductores. El Estado, como mencionamos, se convierte en un guardián de esa distancia social que debe hacerse manifiesta para que el intercambio monetario se concrete manteniendo a raya el conflicto.

En suma, si las distancias sociales y espaciales parecen diluirse cuando los trabajadores informal marginales se desplazan desde sus territorios de vida a los de centralidad y mayor circulación material, vuelven a ratificarse cuando —en cada interacción— los trapitos les recuerdan a los demás —y se dicen a sí mismos— que la subalternización permanece intacta. De ello puede inferirse que ninguna política estatal podrá con el problema público de la marginalidad laboral urbana si no se propone contrarrestar estas asimetrías.

Referencias bibliográficas

Altmann Macchio, Leonardo (2018). *Sobre la ciudad intermedia como categoría de análisis*. Mimeo.

Blumer, Herbert (1937). "Symbolic interaction". En E.P. Schmidt (Ed.), *Man and society*. Nueva York, Estados Unidos, Prentice Hall.

Boltanski, Luc (2017). Un nuevo régimen de justificación: la ciudad por proyecto. *Revista de la Carrera de Sociología*, (7), 179 - 209

Cardoso, Mercedes (2014). Desaceleración en el crecimiento demográfico del área metropolitana de Santa Fe. *Revista Iberoamericana de Urbanismo* (11), 43-61.

Carman, María (2017). *Las Fronteras de lo humano. Cuando la vida humana pierde valor y la vida animal se dignifica*. Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI.

Carrión Mena, Fernando (2016). “El espacio público es una relación, no un espacio”. En P. Ramírez Kuri (Coord.) *La reinvencción del espacio público en la ciudad fragmentada* (13-47). Universidad Nacional Autónoma de México, Mexico, Instituto de Investigaciones Sociales: Programa de Maestría y Doctorado en Urbanismo.

Di Virgilio, Mercedes y Perelman, Mariano (2014). *Ciudades latinoamericanas. Desigualdad, segregación y toleranci*. Argentina, CLACSO.

Goffman, Erving (2001). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. (3ª reimp.) Buenos Aires, Argentina, Amorrortu.

Eilbaum, Lucía y Villalta, Carla (2000). Distinciones y clasificaciones en el espacio público: zonas de peligrosidad, vigilancia y tolerancia. *Encuentro Lo urbano en el Pensamiento Social*. Buenos Aires, Argentina, Instituto Gino Germani. Recuperado de: <https://n2t.net/ark:/13683/p7Db/Fag>

Fedele, Javier y Martínez, Irene (2015). Verticalización y desarrollo inmobiliario del núcleo urbano central de Santa Fe: cambios morfológicos, conflictos urbanos y regulaciones edilicias en la recuperación poscrisis 2001. *Revista Cuaderno Urbano*, (18), 65-88.

García Conde, Soledad y Marzioni, Sofía (2022). “Las condiciones de vida de los santafesinos” en Soldano, D *Itinerarios del bienestar en espacios sub-nacionales. La política social en la ciudad de Santa Fe (1983-2016)*, 303-320. Santa Fe, Argentina Ediciones UNL.

Imbert Parado, Iván (2022). Habitar el borde. Procesos de fronterización urbana en las experiencias de recolectores informales de residuos en la ciudad de Santa Fe. *Laboratorio. Revista de Estudios sobre Cambio Estructural y Desigualdad Social*, 32(2), 111-133.

Lefebvre, Henri (2020). *La Producción Del Espacio*. 1st ed. Capitán Swing Libros. Recuperado de: <https://www.perlego.com/book/2170867/la-produccion-del-espacio-pdf>

Mead, George Herbert (1972). *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*. Buenos Aires, Argentina, Paidós.

Moctezuma Mendoza, Vicente (2016). El desplazamiento de lo posible: experiencia popular y gentrificación en el Centro Histórico de Ciudad de México. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, (56), 83-102

Nardacchione, Gabriel y Pereyra, Sebastián (2022). "Más acá de la interpretación. Aportes del pragmatismo para las ciencias sociales", en G. Pérez y M. Armelino (Ed.) *Luz de giro. Nuevas reflexiones sobre filosofía y métodos de las ciencias sociales*, 61-97. Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina, Los Polvorines.

Paiva, Verónica (2008). *Cartoneros y cooperativas de recuperadores. Una mirada sobre la recolección informal*. Buenos Aires, Argentina, Prometeo.

Perelman, Mariano (2007). "El cirujeo: ¿rebusque o trabajo? Un análisis a partir de las transformaciones de la actividad en la ciudad de Buenos Aires". En P. Schamber y F. Suárez (Comp.) *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (245-267). Buenos Aires, Argentina, UNLA/UNGS/Prometeo.

Perelman, Mariano y Boy, Martín (2017). *Fronteras en la ciudad: (Re)producción de desigualdades y conflictos*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina, Teseo.

Reygadas, Luis (2008). *La apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad*. Universidad Autónoma Metropolitana, Antrophos.

Perelman, Mariano (2019). "La marche dans la production de l'inégalité sociale. La collecte informelle des déchets à Buenos Aires". *Espaces et sociétés*, 179, 145-160. DOI: <https://doi.org/10.3917/esp.179.0145>

Peretti, Gustavo; Gómez, Néstor Javier (2011). Ralentización del crecimiento poblacional de la provincia de Santa Fe. Período 1991-2010. *Revista Párrafos Geográficos*. Instituto de Investigaciones Geográficas de la Patagonia (FHCS-UNPSJB), 10(1), 395-406.

Portes, Alejandro. y Hoffman, Kelly (2003). La estructura de clases en América Latina: composición y cambios durante la era neoliberal. *Desarrollo Económico* 43(171), 11-18.

Rausch, Gisela (2010). El plan del 80 en Santa Fe: regionalización tardía ante una suburbanización inminente. *Revista Cuaderno Urbano*, (9), 111-129.

Reygadas, Luis (2002). Las redes de la desigualdad: un enfoque multidimensional. *Política y Cultura*, (22), 7-25.

Russo Sebastián, (2021). *La imagen (del) otrx. Precariedad y performatividad*. Material inédito del curso "La cámara como herramienta. Estrategias visuales de investigación social" Prof. Agustina Triquell IDES 2022

Salvia, Agustín (2007). "Consideraciones sobre la transición a la modernidad, la exclusión social y la marginalidad económica". En A. Salvia y E. Chavez Molina (Eds.). *Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina* (25-67). Buenos Aires, Miño y Dávila.

Schamber, Pablo y Suarez, Francisco (comps.) (2007). *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos en América latina*. Buenos Aires, Argentina, Prometeo.

Soijet, Mirta (2014). *Monitoreo de la precariedad urbana en Santa Fe y Entre Ríos*. Edición propia.

Soldano, Daniela (2008) “Vivir en territorios desmembrados. Un estudio sobre la fragmentación socio-espacial y las políticas sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1990-2005)”. En A. Ziccardi (Ed) *Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social. Los retos de las políticas sociales de las ciudades latinoamericanas del siglo XXI* (37-69). Bogotá, Colombia, Siglo del Hombre Editores, Clacso-Crop.

Soldano, Daniela (2017). *Viajeros del conurbano bonaerense: una investigación sobre las experiencias de movilidad en la periferia*. Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina, Los Polvorines.

Segura, Ramiro (2015). *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. Buenos Aires, Argentina, UNSAM Edita.

Stavrvides, Stavros (2016). *Hacia la ciudad de umbrales*. España, Ediciones Akal.

Tilly, Charles (2000). *La desigualdad persistente*. Buenos Aires, Argentina, Manantial.

Vapñarsky, Cesar. y Gorojovsky, Néstor. (1989). *El crecimiento urbano en la Argentina*. 1ra ed. Buenos Aires, Argentina, Grupo Editor Latinoamericano

Wacquant, Loic (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires, Argentina, Manantial.

Ziccardi, Alicia. (comp.) (2008). *Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social. Los retos de las políticas sociales de las ciudades latinoamericanas del siglo XXI*. Bogotá, Colombia, Siglo del Hombre Editores, Clacso-Crop.

Recibido: 29/03/2024

Aceptado: 21/08/2024